

razon, el filosofismo no vivifica el gusto; poniendo en problema todas las verdades morales, conmueve igualmente las verdades artísticas: la insubordinacion que infunde en las voluntades se comunica á las inteligencias; así se subleva contra las leyes del arte, como contra las leyes de las costumbres, y el gusto de lo bello sobrevive rara vez al amor del bien. Además, hemos visto á la razon estraviarse hasta atacar no solo las reglas del arte sino el arte mismo con las ciencias. Rousseau, no viendo sino lo que vinan á ser éstas en manos de las libertades desarregladas, las ha acusado de ser los vehículos de la corrupcion social; y Babœuf las ha proscrito como atentatorias á la igualdad fraternal y que no servian sino para alimentar la ociosidad y los placeres de los ricos.

No puede negarse que durante el período filosófico, las ciencias que se refieren al orden material é intelectual, como las ciencias físicas y matemáticas, hicieron grandes progresos; pero sus raíces las tenían en las edades católicas, cuyos descubrimientos no ceden en nada á los descubrimientos modernos. Por lo demás, es evidente que el principio de su desarrollo no se deriva de la época de la independencia de la razon, pues que la mayor parte de los grandes genios que lo han promovido, como Pascal, Descartes, Cassini, Euler, Newton, Leibnitz, pertenecian de hecho ó de corazón al catolicismo; y que un gran número de talentos de primer orden y que se han distinguido en todas materias, han probado sobradamente que el nombre de hijo de la Iglesia no era un título de incapacidad científica.

Podemos ahora darnos fácil cuenta del resultado de los trabajos de la razon libre. Ella ha destruido la sociedad moral establecida por Jesucristo; ha destruido los principios morales y pervertido las costumbres; ha trastornado las naciones y engendrado la anarquía y el despotismo. Las artes tienen que quejarse altamente de sus desprecios y de sus ataques; las ciencias no le son deudoras tampoco de ningun favor, de ninguna gracia. Si algo bueno ha quedado, en los

que ha corrompido y estraviado, emana de la Iglesia; lo malo, es obra de ellos exclusivamente. La Iglesia les habia hecho beber la vida en su pura fuente; la razon libre los ha conducido á cisternas fangosas donde han sorbido á tragos prolongados la corrupcion y la muerte.

### CAPITULO XXXVIII.

#### Fuera de la Cruz no hay salvacion para la humanidad.

Todas las religiones son buenas, han dicho los falsos filósofos, y el vulgo irreflexivo, á quien se deslumbra fácilmente, se ha apresurado á repetir sus palabras. Sin duda que no tratándose sino de un dios cualquiera, ya se le adore bajo la forma de un mono ó de un fetiche, ó bien se le reconozca bajo los rayos de Júpiter ó de Vénus, á los ojos de un filósofo que se vanagloria de ser superior á las preocupaciones, es cosa de tan poca importancia que no merece ocuparse de ella seriamente. Pero venid acá, poderosos racionadores; si, según vuestra opinion, todas las religiones son buenas, ¿toda moral es igualmente buena? porque, reflexionadlo bien, una religion no es solamente un culto sino tambien una moral; ¿y cómo considerais las de esas religiones antiguas que santificaban la prostitucion, el adulterio y los sacrificios humanos? ¿y qué decis de las sectas modernas que consagran la poligamia, la esclavitud y el fatalismo? Prosternémonos entonces á los piés de Priapo; mezclémonos á los misterios de la buena diosa; erijamos templos á las heroínas del *lupanar*; construyamos serrallos para encerrar á nuestras concubinas; á bien que hay religiones que no solo nos lo permiten, sino que nos autorizan á hacerlo.



Trasladada á este terreno la cuestion de indiferencia en materia religiosa, no es difícil resolverla. Admitir esta indiferencia, seria á los ojos del simple buen sentido un monstruoso absurdo; reducirla á la práctica, seria en nuestras sociedades modernas, cometer un crimen previsto por las leyes. Partiendo, pues, de este principio irrecusable, que toda religion importa un sistema moral, vendremos á concluir fácilmente que no teniendo todos el mismo grado de perfeccion sucede lo mismo con las religiones á que se refieren, y que si hay una moral mas perfecta hay tambien una religion mejor que todas las demas. ¿Pero cuál será esta religion? Considerando las cosas no mas que bajo el punto de vista social, será ciertamente aquella que ofrezca mas garantías para la direccion acertada, segura y dichosa de la libertad. Pero en la sucesion de los siglos, ¿qué religion encontraremos, cuál encontramos hoy todavía, que, asentada sobre una base inmutable de hechos materiales, que siempre pueden comprobarse y por consecuencia razonablemente aceptables, ofrece principios de conducta ciertos, sancionados universalmente, y que reúne de un extremo á otro del mundo todas las inteligencias en una misma fé, todos los corazones en un mismo amor, todas las voluntades en una misma moral, depurándolas, santificándolas y elevándolas á un grado de perfeccion casi divina? No hay mas que una, una sola, y es la religion católica. Todas las demas abandonan al hombre á los caprichos de su libertad, ó si por autoridad quieren imponerla la regla de los deberes, carecen de la fuerza y de los títulos necesarios para sostener esta alta pretension. ¿Con qué derecho, por ejemplo, el *Budhaismo*, el *Brahmanismo* ó el *Mahometismo* podrian imponer á una sociedad civilizada sus absurdos, sus innobles doctrinas que mantienen á los pueblos en una eterna barbarie? ¿Cómo el judaismo, religion esclusiva de una nacionalidad destruida, de una promesa realizada, de un orden social que habia ya concluido, osaria aspirar al imperio universal de las naciones regeneradas? ¿Con qué autoridad, por otra parte, el protes-

tantismo podria dictar leyes á las voluntades? Él no reconoce ni autoridad ni leyes superiores al sentido privado de los individuos; él no tiene tampoco principios fijos, y por lo tanto sus doctrinas de hoy no serán las mismas mañana. A la religion católica pertenece, pues, únicamente posesionarse de este dominio como reina legítima de la libertad.

Quando la filosofía ha puesto á todas las religiones á una misma altura; cuando las ha elevado á todas al igual una de la otra, no era ni por admiracion ni por simpatía hácia ellas; era como el voto que formaba Calígula de que el pueblo romano no tuviese mas que una sola cabeza, á fin de poder aniquilarlo con un solo golpe. Un momento hubo en que ella creyó haber llegado á su objeto; cuando en medio de los aplausos de los pueblos usurpó el cetro de las ideas morales: pero ¡ay! en sus manos, el cetro que profanaba se cambió luego en hacha y en martillo, y muy pronto no reinó ya sino en un vasto cementerio! Hoy se vé compelida á confesarlo en alta voz, y lejos de ruborizarse manifiesta en ello cierta especie de audacia y de orgullo. “El siglo diez y ocho, dice por boca de M. Cousin, ha destruido mucho y no ha edificado nada. La mision que le confió la historia era acabar con todo lo que quedaba de la Edad Media: él ha llenado esta trágica mision, y no podia hacer mas. Un siglo, un siglo solo, no puede estar encargado de dos misiones simultáneamente.”<sup>1</sup>

Estas estrañas palabras que parecen una burla hecha al buen sentido, tienen al menos el mérito de espresar con mucha claridad que la filosofía no ha sabido mas que arrojar por tierra el edificio moral, y que es urgente levantarlo de en medio de sus ruinas. ¿Pero quién será capaz de ello? ¿Acaso ese mismo espíritu de destruccion que lo ha derribado? A pesar del poco éxito de sus esfuerzos anteriores, aunque no ha podido nunca constituir una sombra siquiera de sociedad, ha conservado bastante confianza en sí mismo para arullarse con esta esperanza, é intentar realizarla; pero para

<sup>1</sup> *Ensayo de un curso de historia de la filosofía.*



salir bien de su empresa se ha visto obligado, por la misma fuerza de las cosas, á infringirse una contradicción flagrante, y á tributar un espléndido homenaje á los principios sobre que la Iglesia descansa.

Al punto, en efecto, que el espíritu filosófico ha intentado reconstruir algo en el lugar de lo que habia destruido, se ha visto en la necesidad de desmentir su propia naturaleza, y de hacerse violencia para poder aproximarse á los principales dogmas católicos, y sobre todo, al dogma de autoridad. El protestantismo, resintiéndose desde luego las funestas consecuencias de la independencia racionalista y espantándose de ellas, ha querido remontar la corriente rápida del torrente que le arrebatava. Ya Lutero y Calvino se encontraban desbordados y querían oponer su autoridad personal á los excesos de la libertad de exámen. "Si el mundo dura todavía mucho tiempo, decía el primero, será necesario á causa de las interpretaciones que se hacen ahora de la Escritura, admitir de nuevo, á fin de conservar la unidad de la fé, los decretos de los concilios y acogerse á ellos."<sup>1</sup> Despues, sintiendo despertarse en él el orgullo de gefe de secta, exclamaba: "Mi palabra es la palabra de Jesucristo; por mi boca habla Jesucristo. El que no adopte mi doctrina no puede salvarse; el que crea otra cosa de lo que yo creo está destinado al infierno."<sup>2</sup> Según el testimonio de Juan Jacobo Rousseau, ningun hombre fué mas picante, mas imperioso, mas decisivo, mas infalible que Calvino, para quien la menor oposicion era siempre una inspiracion de Satanás, un crimen digno del fuego.<sup>3</sup> En vano los maestros de la herejía se encolerizaban contra sus audaces discípulos y pretendian contenerlos en los límites doctrinales que les habian trazado con su dedo de carne; los discípulos salvaban ligeramente este débil obstáculo, y se internaban siempre mas y mas en el laberinto de la duda, de

<sup>1</sup> *Epíst. á Zuingle.*

<sup>2</sup> *Obras de Lutero*, tom. II, pág. 44; tom. IV, pág. 478.

<sup>3</sup> *Cartas de la Montagne.*

la division y del error. Entonces, para no perecer, el protestantismo, que habia declamado tanto contra la intolerancia, se hizo intolerante; y para guardar al menos la apariencia de una sociedad, puso sus destinos en manos del poder temporal, aunque habia considerado insoportable la autoridad del poder espiritual. ¡Esfuerzos inútiles! el principio de muerte que oculta en sus entrañas, iba siempre prosiguiendo su obra de destruccion y de anarquía: ¡era para él la túnica de Nesso! Sin embargo, el protestantismo no se ha desalentado; ha luchado contra su mal con una energía digna de mejor causa: para aplacar los dolores que le causaba, se ha adherido con toda la fuerza de la desesperacion, al símbolo de los metodistas y pietistas. Hoy todavía quisiera encadenar á él la actividad de la razon libre; pero la razon libre ha derribado esos impotentes símbolos, y á traves de sus despojos se ha abierto dos amplias salidas: la una por el puseismo en el catolicismo; la otra por las doctrinas de Socin y de Strauss, en el racionalismo. Fuera de sí el protestantismo convoca en vano concilios por el órgano de sus reyes-pontífices; no puede, por mas que hace, forjar una ligadura bastante fuerte con que atar las voluntades divergentes; no puede formarse un cuerpo, y no contempla en torno de sí mas que el triste espectáculo de la anarquía; sus partidarios, como ha dicho Hegel, *no están unidos sino en la nulidad*. ¡Orgullo inconcebible! ¡insufrible presuncion del espíritu de secta! ¿Creeis que la herejía acepte el fallo de la esperiencia y abjure de un principio que la conduce á la nada? Muy al contrario; ella se envanece de lo mismo que hace su derrota, y queriendo todavía engañarse, llama progreso á su continua decadencia. Celosa de las maravillosas prerogativas de la Iglesia, ya que no puede arrebatárselas, querría á lo menos mancillarlas. Su unidad admirable, su estabilidad á toda prueba, su indefectibilidad divina, las reputa de inercia, de estagnacion, de inmovilidad: ella las acusa de haber enrayado el carro de la perfectibilidad humana, y se decreta á sí misma grandes elo-



gios por haber roto estas funestas trabas. "El servicio inmenso, escribía últimamente M. Coquerel, que la reforma ha hecho al mundo, es el de haber repuesto en el cristianismo el elemento de progreso que el catolicismo le había arrancado. El cristianismo católico es inmóvil, estereotípico, estacionario porque nada hay que perfeccionar en una infalibilidad."<sup>1</sup> ¡Qué maliciosa confusión de términos! ¡qué juego pueril de palabras! ¡Cuánto se necesita contar con la ignorancia ó con las preocupaciones de los lectores para poder abusar de ellos con semejantes sofismas! ¿Conque según este raciocinio, el sol es opaco porque está inmóvil, y la tierra luminosa porque da vueltas? ¿la brújula, fija sobre su eje, contraría los movimientos del navío, y el soplo inconstante de los vientos los dirige? ¿El ciego marcha con mas seguridad que el que tiene vista; y el matemático, armado de sus infalibles instrumentos, está mas sujeto á error que el que está desprovisto de ellos? ¡Estraña dialéctica en verdad! La Iglesia, sabiendo distinguir divinamente la verdad del error, asegura menos la perfección humana que si estuviese sujeta á confundirlos? ¡Según esto, si hay un sér inmóvil, estereotípico, estancado, es Dios! Dios, el sér esencialmente inmutable, infinito, perfecto, no es mas que un inmenso límite....! ¡el mas grande enemigo de los progresos de la humanidad....! Pero he aquí á otro ministro de la religion reformada que se encuentra en oposicion absoluta (lo que le es muy permitido) á la opinion de que M. Coquerel se ha constituido intérprete. "El espíritu del luteranismo, dice M. Descotes, substituyó á la infalibilidad del Papa su propia infalibilidad, que, necesario es decirlo, ha puesto mas obstáculos al progreso de las luces que la primera."<sup>2</sup>

La Iglesia es, pues, verdaderamente infalible, porque habla en nombre de Dios; y porque es infalible es por lo que tiene el derecho de dirigir las voluntades libres, que única-

<sup>1</sup> *Cristianis. experiment.* pág. 399.

<sup>2</sup> *Armonía de las ciencias con la religion*, pág. 180.

mente ella puede hacerlo con toda seguridad por las sendas de la verdad y de la perfección. El protestantismo, es por el contrario falible, porque es la palabra del hombre; y por lo mismo que es falible no tiene ningun título para reclamar el honor de guiar los pasos de la humanidad, á la que no podrá conducir, sino de variaciones en variaciones y de errores en errores. "Si un ciego da la mano á otro ciego, los dos, según el oráculo sagrado, caerán en el hoyo."

Después de la herejía, la filosofía se ha puesto atrevidamente á trabajar por su lado en la reedificación del edificio social. ¿Obtendrá un éxito mas dichoso que la otra? Desde luego la lógica ha respondido negativamente. Partiendo del mismo principio que la herejía, la filosofía debe llegar á las mismas consecuencias. Ella, sin embargo, no ha desesperado de prepararse mejor destino. Deteniéndose un momento para contemplar las vastas ruinas acumuladas en su carrera, ha vuelto á empezar el camino que tan trágicamente había recorrido, y descubriendo en distintos parajes algunos ricos materiales sepultados intactos bajo los escombros, arrancando, además, con una mano profana algunas bellas piedras al indestructible edificio del catolicismo, ha saltado de gozo pensando que muy pronto elevaría un monumento digno de la admiración de todos los siglos. "Se estudiará á Dios, dice M. Damiron, por la naturaleza y por el hombre: no será ya necesario un nuevo Mesías para enseñarnos milagrosamente lo que podremos saber por nosotros mismos con nuestras luces naturales; y toda una religion saldrá del seno de esta vasta filosofía. Será si se quiere el cristianismo, pero depurado, perfeccionado y hecho al fin catolicismo."<sup>1</sup> Pero ah! los arquitectos no están de acuerdo ni sobre los planes, ni sobre los materiales, ni aun sobre las bases del monumento: ellos trastornan mutuamente sus concepciones, se confunden en su eclecticismo, y mas desdichados que los obreros de Babel, han dejado de entenderse aun antes de haber puesto la

<sup>1</sup> *Ensayo de historia*, tom. I, pág. 271 y 276.